



El Camino de la Estrella y el regalo de Rafael



Hace mucho tiempo, en tierras lejanas de Oriente, vivían tres sabios que pasaban sus noches estudiando el firmamento. Eran Melchor, Gaspar y Baltasar. Una noche, una luz inusual captó su atención: una estrella de un brillo tan intenso que parecía tener voz propia. Ellos comprendieron de inmediato que el cielo les anunciaba algo sagrado: el nacimiento de un nuevo Rey.



Sin dudarlo, prepararon sus camellos con las mejores sedas y ricas provisiones. Sabían que el viaje no sería fácil, pero sus corazones estaban llenos de esperanza. Cruzaron desiertos infinitos de arena dorada que parecía fuego bajo el sol, manteniendo siempre la vista en aquella luz guía que nunca se apagaba.



La comitiva era tan grande y majestuosa que el tintineo de las campanas de los camellos despertaba la curiosidad de todos. Al acercarse a un pequeño pueblo, un niño llamado Rafael, que jugaba a la orilla del camino, se quedó maravillado. —¿A dónde van con tanta prisa? —preguntó Rafael con los ojos muy abiertos.



El rey Baltasar le explicó que buscaban al nuevo Rey que traería luz al mundo. Rafael, sintiendo un calorcito especial en su pecho, no lo pensó dos veces. —¡Yo también quiero verlo! —exclamó. Con el permiso de sus padres y de los sabios, Rafael se unió al final de la caravana, caminando con sus sandalias gastadas junto a los imponentes animales.



La estrella finalmente se detuvo, pero no sobre un castillo de mármol ni un palacio de oro. Se posó sobre un humilde establo en el pueblo de Belén. Al entrar, no había lujos, solo paz. Allí encontraron a un pequeño bebé llamado Jesús, envuelto en pañales y recostado en un pesebre.



Los sabios se arrodillaron con gran respeto y abrieron sus cofres preciosos. Melchor entregó oro para un Rey, y Gaspar ofreció incienso, un perfume sagrado. Cada regalo brillaba bajo la luz de la estrella que se filtraba por el techo del establo.



Baltasar ofreció mirra, que es
una resina medicinal.

Rafael, que observaba desde
atrás, miró sus propias manos
vacías. No tenía cofres, ni
perfumes, ni monedas. Se sintió
muy pequeño y triste por no
tener nada material que ofrecer
a un Rey tan especial.



Animado por la mirada dulce de María, Rafael se acercó tímidamente al pesebre. Con la voz temblorosa pero llena de verdad, le habló al bebé. —Yo no tengo tesoros... —susurró Rafael—. Solo puedo ofrecerle todo mi amor y mi amistad para siempre.



Rafael se acercó al Niño Jesús y le regaló su mejor sonrisa y un abrazo lleno de ternura. —No tengo oro —susurró—, pero te traigo todo mi amor. El bebé Jesús estiró su manita y Rafael le tocó la mejilla. En ese momento, Rafael descubrió que inmenso es el amor que nos tiene el Niño Dios.



Pasaron muchos años y Rafael creció, pero nunca olvidó aquella noche bajo “la estrella”, que siempre recordaba mirando a lo alto.

Se convirtió en un hombre sabio que recorría los pueblos contando su historia. Rafael iba enseñando cuanto nos ama Jesús y cuanto desea que lo amemos y seamos santos.

